

UN DIÁLOGO PARA LA VIDA



Colección “Cultura y sociedad”

Silvina Chemen - Francisco Canzani
a dos voces y al unísono

Un diálogo para la vida

Hacia el encuentro
entre judíos y cristianos



Ciudad Nueva

Imagen de cubierta: Joshua Koffman,
Synagoga y Ecclesia en nuestro tiempo (Filadelfia, 2015),
escultura conmemorativa
del 50° aniversario de la *Nostra aetate*.
Las dos figuras representan la fe hebraica y la católica,
provista cada una de su texto sagrado y dialogando entre sí.

© 2012, Editorial Ciudad Nueva
Lezica, 4358 - Buenos Aires
www.ciudadnueva.org.ar

Adaptación lingüística: *Ana Hidalgo*
Maquetación y diseño gráfico: *Antonio Santos*

© 2017, Editorial Ciudad Nueva
José Picón, 28 - 28028 Madrid
www.ciudadnueva.com

ISBN: 978-84-9715-376-8
Depósito legal: M-16.716-2017

Impreso en España - Printed in Spain
Imprime: Estugraf Editores - Ciempozuelos (Madrid)

Agradecimientos

La palabra «gracias» proviene del latín *gratia*, la cual deriva de *gratus* (agradable, agradecido).

Nos da alegría agradecer porque este libro es el resultado de una infinidad de personas y situaciones de vida que nos permitieron ser quienes somos y decir lo que pensamos y hacemos.

Agradecemos a nuestras familias, que nos acompañaron con tanto afecto durante el tiempo de redacción de este texto.

A nuestras comunidades: Comunidad Bet El y Movimiento de los Focolares, por la confianza y por constituirse en espacios de realización de los ideales de diálogo.

A Chiara Lubich, por su inspiración y por haber abierto espacios de encuentro entre judíos y cristianos.

Al rabino Daniel Goldman, maestro del encuentro dialógico, por su texto y su fraterno acompañamiento.

A los miembros del Centro para el Diálogo Interreligioso del Movimiento de los Focolares Roberto Catalano, Christina Lee, Joseph Sievers, Miriam Girardi y Paul Lemarié, por su apoyo, sus aportes en la redacción y las experiencias de vida compartidas.

A nuestros amigos de Jerusalén: a Margaret Karram y Eduardo Stupino, siempre presentes en nosotros durante la escritura de estas páginas.

A Monseñor Ramón Dus y al rabino Jack Bemporad, por sus destacadas impresiones, que son para nosotros pilares de este camino compartido.

A Beppe Milan, Daniel Martínez, Cristina Calvo, Osvaldo De Piero y Francesco Ballarini, por la generosidad de compartir ideas y textos.

A Eduardo Zaffaroni y Silvia Kobryniec, nuestros primeros lectores; un cristiano y una judía que hicieron la primera aproximación al texto con dedicación y responsabilidad y nos devolvieron sus valiosas impresiones.

A María Teresa D'Auria y Sonia Vargas, por las sugerencias aportadas.

A Héctor Shalom, por la lectura puntillosa y cariñosa de todo el libro y por el acompañamiento en la vida.

A Ilán y Ariel, jóvenes del diálogo y compañeros de la existencia.

A Damián García, editor de este libro, por su amistad, motivación y continuo acompañamiento durante el proceso de nuestro trabajo.

A Lorena Klappenbach, nuestra correctora, por sus valiosas sugerencias y su cercanía personal.

SILVINA Y FRANCISCO

Diciembre de 2012

Prólogos

Escribir un prólogo es siempre una empresa difícil. Es como describir una casa que te fascina pero que no es la tuya, que no has construido, que no conoces en los mínimos detalles. No obstante este enorme desafío, acepté la invitación de los autores de este texto, Silvina Chemen y Francisco Canzani, de escribir unas líneas que pudieran introducir al lector de este libro. Te saludo, entonces, querido amigo lector.

Lo hago principalmente porque me siento parte de este proyecto y de esta experiencia, que descubrirás al recorrer estas páginas. Se trata de un proyecto que se llama *diálogo*, una palabra que en estos tiempos está en boca de todos. A pesar de ello, el diálogo sigue siendo un término casi desconocido, o mal conocido, sobre todo en su aspecto vital. En efecto, el diálogo hay que *virlo*. No es un concepto sobre el que se deba hacer filosofía, especialmente cuando no se ha experimentado.

El diálogo es una experiencia que se convierte en estilo de vida, lenguaje, modo de mirar al otro y al mundo. Pablo VI, verdadero profeta del diálogo y protagonista de la apertura conciliar de la Iglesia Católica a otros credos y culturas, siempre sostuvo que el mundo de hoy tiene más necesidad de testigos que de maestros, y se dispuso a escuchar a estos por cuanto fueron también testigos. Los autores de este texto, que desea

ser una herramienta para la formación al diálogo, son sin lugar a dudas maestros de diálogo y de formación, y este libro es fruto de un trabajo cuidadoso. Sin embargo y ante todo, Chemen y Canzani dieron y siguen dando testimonio de que dialogar es posible.

En efecto, estas páginas nacieron de esta experiencia, como me escribía la rabina Silvina Chemen: «Francisco y yo hemos procurado crear un texto que creció poco a poco durante nuestras conversaciones, nuestras reuniones y hasta durante el intercambio de mensajes de correo electrónico. Es un libro que lleva las huellas de muchos, que fue enriquecido por las experiencias y las lecciones que hemos captado de protagonistas de diferentes situaciones. Principalmente, la experiencia de escribir juntos fue muy profunda, y tan espiritual que sentíamos la presencia de lo Divino entre nosotros, con nosotros y en nosotros».

El diálogo es un recorrido y los autores nos ayudan a transitarlo. Parten de una reflexión sobre la pregunta existencial por excelencia: «¿Quién soy?», para llegar a sueños que se abren al futuro. ¡Nada más cierto! Porque si no se sueña, no se puede apostar por el diálogo. Recorriendo estas páginas se comprueba que el diálogo es exigencia y respuesta entre personas, una relación donde estas intentan donarse y conocerse mutuamente tal cual son.

Este libro nace del don y el conocimiento mutuos, ante todo entre los dos autores, pero no exclusivamente entre ellos. Son páginas que, mientras las leemos, nos permiten «hacer la experiencia del otro», como diría Martin Buber.

Felizmente, más allá de las ideas que se exponen con gran competencia, podremos encontrar una certeza: hoy es posible dialogar, también entre judíos y cristianos o también entre... y cada uno de nosotros podría agregar ese alguien o ese algo con quien nos parecería imposible dialogar. Justamente la experiencia de los autores, que dio origen a estas páginas, permite afirmar que es posible educar al arte del diálogo sin perder cada uno su identidad. Al contrario, la recontramos más sólida de lo que pensábamos.

Sin duda, para realizar todo eso es necesaria una condición, que la obra desarrolla exhaustivamente y resulta crucial: el compromiso de escuchar, que implica también saber callar, hacer silencio. Justamente el silencio representa un elemento clave en el encuentro con quien proviene de una cultura o de una religión diferente a la nuestra. El silencio, además, nos obliga a dejar de lado la prisa, ese frenesí que caracteriza el mundo globalizado y nos arrastra en la carrera cotidiana. El silencio no es simplemente quedarse callados; consiste más bien en crear dentro de sí un espacio para el otro.

Los antiguos griegos usaban una palabra particularmente significativa para indicar el esfuerzo que los actores de la tragedia hacían para entrar en la vida cotidiana de los hombres: «empatía». Y aquí encontramos un punto neurálgico. Empatía, palabra que en su raíz significa sentir en uno. Es decir, entrar verdaderamente en la piel del otro, hasta el punto de que pueda sentir míos sus sufrimientos y sus alegrías, para entenderlo y ayudarlo concreta y eficazmente. Se trata de intentar ver el mundo como el otro lo ve. Esto, obviamente, re-

quiere sobre todo la capacidad de olvidarme de mí mismo para permitir que el otro me diga quién es y pueda donarme su «diferencia». El gran Raimon Panikkar afirmaba lo importante que era «comprender a mi prójimo como él se comprende a sí mismo»¹. Aquí está el motivo, como nos recuerdan de manera permanente y magistral las páginas de este libro, por el cual la escucha se erige como una condición indispensable.

Hace unos años, durante un congreso entre judíos y cristianos, me impresionó lo que dijo un rabino estadounidense, quien afirmó con convicción: «No se trata de convencer al otro o de estar de acuerdo con todo lo que dice. Es más bien aceptar que se puede pensar diferente de como pienso yo. El punto es creer en la posibilidad del otro»².

El diálogo encierra un valor inmenso y promueve la fraternidad. Así lo descubrió una joven maestra italiana, Chiara Lubich, durante la segunda guerra mundial, en los años Cuarenta del siglo XX. Como fundadora del Movimiento de los Focolares, en las décadas siguientes abrió caminos nuevos de diálogo en todas las latitudes, entre hombres y mujeres de culturas y religiones diferentes. Aunque resultara una locura en aquel entonces, propuso a un grupo de amigos la siguiente perspectiva a los pocos años de concluir el conflicto mundial: «Por

¹ R. PANIKKAR, *The Intrareligious Dialogue*, Paulist Press, Nueva York 1978, p. 12.

² Cf. Editorial, *Gen's Magazine*, XV (2007) 3, pp. 1-4, publicado por Focolare Movement, Mumbai.